

JOSÉ EDUARDO AGUALUSA

TEORÍA GENERAL DEL OLVIDO

Traducción de Claudia Solans



Nota previa

Ludovica Fernandes Mano falleció en Luanda, en la clínica Sagrada Esperanza, en las primeras horas del día 5 de octubre de 2010. Tenía ochenta y cinco años. Sabalu Estevão Capitango me ofreció copias de diez cuadernos en los cuales Ludo fue escribiendo su diario durante los primeros años de los veintiocho en que se mantuvo enclaustrada. Asimismo tuve acceso a los diarios posteriores a su rescate e incluso a una vasta colección de fotografías del artista plástico Sacramento Neto (Sakro) sobre los textos y dibujos en carbón de Ludo en las paredes del departamento. Los diarios, poemas y reflexiones de Ludo me ayudaron a reconstruir el drama que vivió. Me ayudaron, creo, a comprenderla. En las páginas que siguen aprovecho muchos de sus testimonios. Aun así, lo que van a leer es ficción. Pura ficción.

Nuestro cielo es vuestro suelo

A Ludovica nunca le gustó enfrentarse al cielo. Desde niña, ya la atormentaba el horror a los espacios abiertos. Al salir de casa se sentía frágil y vulnerable, como una tortuga a la que le hubieran arrancado el caparazón. Muy pequeña, de seis o siete años, se negaba a ir a la escuela sin la protección de un paraguas negro, enorme, fuera cual fuese el estado del tiempo. Ni la irritación de los padres, ni las bromas crueles de los otros niños la disuadían. Más tarde mejoró. Hasta que ocurrió aquello que ella llamaba *El accidente* y empezó a ver ese pavor primordial como una premonición.

Después de la muerte de sus padres se fue a vivir a la casa de su hermana. Raramente salía. Ganaba algún dinero dando clases de portugués a adolescentes aburridos. Además de eso, leía, bordaba, tocaba el piano, veía la televisión, cocinaba. Al anochecer, se acercaba a la ventana y miraba la oscuridad como quien se asoma a un abismo. Odete sacudía la cabeza, fastidiada:

¿Qué pasa, Ludo? ¿Tienes miedo de caerte entre las estrellas?

Odete daba clases de inglés y alemán en el liceo. Amaba a su hermana. Evitaba viajar para no dejarla sola. Pasaba las vacaciones en casa. Algunos amigos elogiaban su altruismo. Otros le criticaban la excesiva indulgencia. Ludo no se imaginaba viviendo sola. La inquietaba, sin embargo, haberse convertido en un peso. Pensaba en las dos como gemelas siamesas, prendidas por el ombligo. Ella, parálitica, casi muerta, y la otra, Odete, obligada a arrastrarla por todas partes. Se sintió feliz, se sintió aterrorizada, cuando la hermana se enamoró de un ingeniero en minas. Se llamaba Orlando. Viudo, sin hijos. Había ido a Aveiro a resolver una compleja cuestión de herencias. Angoleño, natural de Catete, vivía entre la capital de Angola y Dundo, pequeña ciudad administrada por la compañía de diamantes para la cual trabajaba. Dos semanas después de haberse conocido por casualidad en una confitería, Orlando le pidió casamiento a Odete. Anticipando un rechazo, conociendo las razones de Odete, insistió en que Ludo fuera a vivir con la pareja. Al mes siguiente estaban instalados en un departamento inmenso, en el último piso de uno de los edificios más lujosos de Luanda. El llamado Edificio de los Envidiados.

El viaje fue difícil para Ludo. Salió aturdida de la casa, bajo el efecto de calmantes, gimiendo y protestando. Durmió durante todo el vuelo. A la mañana siguiente, se despertó para una rutina semejante a la anterior. Orlando poseía una biblioteca valiosa, millares de títulos en portugués, francés, español, inglés y

alemán, entre los cuales estaban casi todos los grandes clásicos de la literatura universal. Ludo dispuso de más libros, aunque de menos tiempo, pues insistió en prescindir de las dos empleadas y la cocinera, ocupándose sola de las tareas domésticas.

Una tarde, el ingeniero apareció en la casa sosteniendo cuidadosamente una caja de cartón. Se la entregó a su cuñada:

Es para usted, Ludovica. Para que le haga compañía. Usted pasa demasiado tiempo sola.

Ludo abrió la caja. Adentro, mirándola asustado, encontró un cachorrito blanco, recién nacido.

Macho. Pastor alemán, aclaró Orlando: Crecen deprisa. Este es albino, un tanto raro. No debe tomar mucho sol. ¿Cómo va a llamarlo?

Ludo no dudó:

¡Fantasma!

¿Fantasma?

Sí, parece un fantasma. Así, todo blanquito.

Orlando encogió los hombros huesudos:

Muy bien. Será Fantasma.

Una elegante y anacrónica escalera de hierro forjado subía, en una espiral apretada, desde la sala de visitas hasta la terraza. A partir de allí, la mirada abarcaba buena parte de la ciudad, la bahía, la Isla y, al fondo, un largo collar de playas abandonado entre el encaje de las olas. Orlando había aprovechado el espacio para construir un jardín. Una pérgola de buganvillas lanzaba sobre el suelo de ladrillo en bruto, una perfumada sombra lila.

En unos de los rincones crecía un granado y varios bananos. A las visitas les extrañaba:

¿Bananas, Orlando? ¿Esto es un jardín o una huerta?

El ingeniero se irritaba. Los bananos le recordaban la huerta cercada por muros de adobe donde había jugado de niño. Si por él hubiera sido, habría plantado también mangos, nísperos, innumerables pies de papaya. Allí era donde se sentaba al regresar de la oficina, con un vaso de whisky al alcance de la mano, un cigarrillo negro encendido en los labios, viendo la noche conquistar la ciudad. Fantasma lo acompañaba. También el perrito amaba la terraza. Ludo, por el contrario, se negaba a subir. Los primeros meses no se atrevía siquiera a acercarse a las ventanas.

El cielo de África es mucho más grande que el nuestro, le explicó a su hermana. Nos aplasta.

Una soleada mañana de abril, Odete volvió del liceo para almorzar, excitada y asustada. Había estallado una confusión en la metrópolis. Orlando estaba en Dundo. Llegó esa noche. Se encerró en el cuarto con su mujer. Ludo los oyó discutir. Ella quería abandonar Angola lo más rápido posible:

Los terroristas, querido, los terroristas...

¿Terroristas? No vuelvas a usar esa palabra en mi casa. Orlando nunca gritaba. Susurraba en un tono áspero, el filo de la voz apoyándose como una navaja en la garganta de los interlocutores: Tales terroristas combatieron por la libertad de mi país. Soy angoleño. No me iré.

Transcurrieron días agitados. Manifestaciones, huelgas, asambleas. Ludo cerraba las ventanas para evitar que el departamento se llenara de las carcajadas del pueblo en las calles, estallando en el aire como fuegos de artificio. Orlando, hijo de un comerciante de Minho establecido en Catete a principios de siglo y de una luandense mestiza, fallecida durante el parto, nunca había cultivado relaciones familiares. Uno de los primos, Vitorino Gavião, reapareció por aquellos días. Había vivido cinco meses en París, bebiendo, cortejando, conspirando, escribiendo poemas en servilletas de papel, en los bistrós frecuentados por exiliados portugueses y africanos, y así había conseguido un aura de revolucionario romántico. Entraba en la casa como una tempestad, desorganizando los libros en los estantes, los vasos en la cristalera, y enervando a Fantasma. El perrito lo perseguía, a una distancia segura, ladrando y gruñendo.

¡Los camaradas quieren hablar contigo, hombre!, gritaba Vitorino, lanzando un puñetazo contra el hombro de Orlando: Estamos negociando un gobierno provisorio. Necesitamos gente para los cuadros. Tú eres bueno para estar en los cuadros.

Puede ser, admitía Orlando: Aunque cuadros, tenemos. Lo que nos falta es tiza.

Dudaba. Sí, iba murmurando, la patria podía contar con la experiencia que había acumulado. Temía, con todo, las corrientes más extremistas en el seno del movimiento. Comprendía la necesidad de mayor justicia

social, pero los comunistas, amenazando con nacionalizar todo, lo asustaban. Expropiar la propiedad privada. Expulsar a los blancos. Partir los dientes a la pequeña burguesía. Él, Orlando, se enorgullecía de su sonrisa perfecta, no quería usar dentadura postiza. El primo se reía, atribuía los excesos de lenguaje a la euforia del momento, elogiaba el whisky y se servía más. Aquel primo de cabellera crespa, redonda, a la Jimi Hendrix, camisa floreada abierta sobre el pecho sudado, asustaba a las hermanas.

¡Habla como un negro!, lo acusaba Odete: Además, huele a catunga. Siempre que viene aquí apesta toda la casa.

Orlando se enfurecía. Salía golpeando la puerta. Regresaba al final de la tarde, más seco, más agudo, un hombre muy emparentado con los espinos. Subía a la terraza en compañía de Fantasma, de un paquete de cigarrillos, de una botella de whisky, y se quedaba allí. Volvía a entrar con la noche, cargando oscuridades, un fuerte olor a alcohol y a tabaco. Se tropezaba empujando los muebles, susurrando ásperamente contra la puta vida.

Los primeros tiros marcaron el inicio de las grandes fiestas de despedida. Los jóvenes morían en las calles agitando banderas y, mientras tanto, los colonos bailaban. Rita, la vecina del departamento de al lado, cambió Luanda por Río de Janeiro. La última noche invitó a doscientos amigos a una cena que se prolongó hasta el alba.

Lo que no logremos beber, se lo dejamos, dijo, mostrando a Orlando la despensa donde se amontonaban cajas con botellas de los mejores vinos portugueses: Bébanlas. Lo importante es que no quede ninguna para que festejen los comunistas.

Tres meses más tarde el edificio estaba casi vacío. En contrapartida, Ludo no sabía dónde colocar tantas botellas de vino, cajones de cerveza, comida enlatada, jamones, trozos de bacalao, kilos de sal, de azúcar y de harina, además de un sinfín de productos de limpieza e higiene. Orlando había recibido de un amigo, coleccionista de autos deportivos, un Chevrolet Corvette y un Alfa Romeo GTA. Otro le había entregado las llaves del departamento.

Nunca tuve suerte, se quejaba Orlando a las dos hermanas, y era difícil comprender si ironizaba o hablaba en serio: Justo ahora que empecé a coleccionar autos y departamentos, aparecen los comunistas queriendo sacarme todo.

Ludo encendía la radio y la revolución entraba en la casa: *El poder popular es la causa de esta confusión*, repetía uno de los cantantes más populares del momento. *Eh, hermano*, cantaba otro: *ama a tu hermano / no mires su color / ve en él solamente un angoleño. / Con el pueblo de Angola unido / la independencia llegará*. Algunas melodías no coincidían con las letras. Parecían robadas a canciones de otra época, baladas tristes como la luz de un crepúsculo antiguo. Acechando en las ventanas, medio oculta tras las cortinas, Ludo veía pasar camiones car-

gados de hombres. Unos alzaban banderas. Otros, pancartas con palabras de orden:

¡Independencia total!

¡Basta de 500 años de opresión colonial!

¡Queremos el Futuro!

Las reivindicaciones estaban entre signos de exclamación. Los signos de exclamación se confundían con las catanas que cargaban los manifestantes. Las catanas también brillaban en las banderas y en las pancartas. Algunos hombres cargaban una en cada mano. Las alzaban. Golpeaban las hojas unas contra otras, en un alarido lúgubre.

Una noche, Ludo soñó que por debajo de las calles de la ciudad, bajo los respetables caserones de la zona baja, se extendía una interminable red de túneles. Las raíces de los árboles descendían, sueltas, a través de las bóvedas. Millares de personas vivían en los subterráneos, sumergidas en el barro y en la oscuridad, alimentándose de aquello que la burguesía colonial lanzaba por los desagües. Ludo caminó por entre la turba. Los hombres agitaban catanas. Golpeaban las hojas unas contra otras y el ruido resonaba por los túneles. Uno de ellos se acercó, pegó su rostro sucio al de la portuguesa, y sonrió. Le sopló al oído, con una voz grave y dulce:

Nuestro cielo es vuestro suelo.